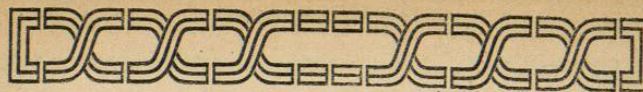


- Un bacalao.
 —No le faltan más que las barbas.
 —¡Las tiene! Es que se afeita dos veces al día.
 —¿Cómo se llama?
 —¿No viste el nombre puesto en los anuncios? *Schifer, Scrofer, Sventer... Sviter... Strazzer...* Un nombre endemoniado. Parece un estornudo.
 —¿Y de dónde viene?
 —De California.
 —De Calcuta.
 —De Abisinia.
 —Será la mujer de Menelich.
 —La reina de Haití.
 —¡Viva la reina!
 —No. Te aseguro que viene de Rusia.
 —¿De Prusia? Mueran los alemanes.
 —¡Abajo los rusos!
 —¡Vivan los japoneses!
 —¿Por qué está tan tiesa?
 —Porque se ha tragado el molinillo de la chocolatera.
 —No, el mango de la escoba.
 —Va vestida como un barbero.
 —No, como un mozo de cuadra.
 —¡Silencio!... Va á hablar sobre el feminismo.
 —¡Muy bien!... ¡Bravo!
 —¡Viva el feminismo!

Por segunda vez reinó en el teatro un silencio absoluto. La señora Schwitzer se había levantado y empuñando la campanilla, signo y atributo de su autoridad, la agitó con fuerza con el brazo extendido en señal de protesta, demostrando con este primer acto de energía, el temple de acero de su carácter y el enérgico propósito de mantener á toda costa el orden y la dignidad de aquella solemne reunión.



V

El primer contratiempo.

EN medio de aquel silencio y con la mayor atención de todos, después de agitar de nuevo la campanilla, y de hacer un triple saludo á los tres lados del auditorio, la presidenta se colocó los lentes sobre su enorme nariz, acarició el cabello con las manos y empezó á hablar con tono solemne y con voz estridente:

—Señoras, señores, amigas, compañeras. *¡Eppur si muove.* Este grito fatídico del gran Galileo, me sale espontáneamente del corazón al inaugurar la primera asamblea nacional italiana para la emancipación y rehabilitación de la mujer. Aquello que hace años parecía á los más ardientes defensores del feminismo internacional una verdadera utopía, esto es, la difusión y organización de tan grandiosa obra en Italia, hoy es un hecho realizado, y esta solemne asamblea lo prueba. Ciertamente es, que mis generosas cooperadoras, sin excluir á algunos egregios cooperadores, de quienes tenemos aquí un ilustre y dignísimo representante, han debido luchar contra dificultades, obstáculos y prejuicios formidables... Cuántas veces, ante la guerra encarnizada, desleal, fraudulenta promovida en todas partes; ante las insidias, las traiciones, las calumnias de nuestros enemigos

declarados ó de los falsos amigos; ante la apatía, la inercia y la inconstancia de tantas personas, cuyos intereses tratamos de reivindicar y defender, sentimos vacilar las fuerzas é infiltrarse en el ánimo la duda de que la obra, á cuyo triunfo dedicamos la vida, no estaba todavía en sazón y que aún no había sonado la hora de la libertad para la mujer italiana. Pero el hecho de hoy nos demuestra la bondad de nuestra causa. No buscamos otro premio que éste; por consiguiente, estamos contentas. Contentas de lo que hemos obtenido hasta ahora, y resueltas á continuar la empresa hasta el fin, cosa que habremos realizado cuando hayan caído todas las cadenas que oprimen á la mujer, y cuando el hombre le haya reconocido todos sus derechos para la vida pública. No descansaremos, pues, sin dismantelar hasta la última piedra del viejo edificio erigido por el egoísmo del hombre para esclavizar á la mujer. Con una serie de conquistas y de victorias parciales, preparemos á nuestros hijos el triunfo final de la mujer libre é independiente del hombre.

—¿No es verdad?,—exclamó alzando la voz, y levantando los ojos y las manos hacia las galerías;—no es verdad, oh amigas y compañeras, que no queréis ser esclavas, sino libres?

—¡Libres! ¡Libres! ¡Libres! gritaron desde la galería.

—¡Viva la libertad!.. ¡Vivaaa!

—¡Pues lo seréis!—replicó con energía la presidenta, sacudiendo la cabellera y alzando el puño en el aire. Vuestro entusiasmo me prueba que sois dignas de la Libertad. *¡Eppur si muove!...* El feminismo camina, avanza á pasos de gigante... Una mirada á la asamblea de hoy, á los astros que brillan en los palcos, á las flores gentiles que embellecen las butacas, á la formidable selva de las generosas hijas del pueblo que se estrujan en las galerías, nos indica que todas las clases de la sociedad se apresuran á ingresar en la causa del feminismo y que su triunfo ya está próximo. A todas, pues, en nombre del comité organizador, envió las más expresivas gracias. Los gran-

des intereses de la emancipación de la mujer débil y esclava, están asegurados por la cooperación de todos, y pronto defenderá Italia entera el concepto feminista *integral*, que haremos fecundo con una serie de instituciones y de obras permanentes.

Tosió, estornudó, alargó el cuello como un pollo mojado, se ajustó los lentes, y después continuó tranquilamente.

—El propósito de esta primera asamblea nacional es el de trazar las líneas principales, determinando las bases de un programa de acción y organización en toda la península. Por eso mismo nuestra tarea actual se reduce á los tres puntos siguientes:

«1.º Razones generales que abogan en favor del movimiento feminista y razones especiales que prueban su necesidad en Italia.

»2.º Medios prácticos de acción para difundirlo en todas las clases sociales. Conferencias, obras científicas y populares, periódicos y hojas sueltas.

»3.º Constitución de Comités regionales y locales para la organización permanente del movimiento y la ordenación de la dirección central.

»Sobre el primer punto os hablará el ilustre diputado y publicista que nos honra con su presencia, el señor Brandini, caudillo invicto del socialismo en el campo científico y en la propaganda práctica. Su participación en la asamblea tiene una importancia extraordinaria, no sólo por el mérito del orador, sino también porque significa la íntima identificación del socialismo con el feminismo integral para redimir y rehabilitar al proletariado femenino.

»Sobre el segundo punto del programa hablará nuestra egregia vicepresidenta, la señora Sara Lisardi, profesora del regio liceo y presidenta de la sociedad protectora de animales. El amor y el entusiasmo con que esta excelente amiga mía abrazó la causa del feminismo, prestándole su apoyo inteligente y desinteresado, no obstante el enorme trabajo de sus infinitas ocupaciones, no sólo honra altamente su carácter y ánimo gene-

roso, sino que además ilustra dignamente la excelencia de la obra que traemos entre manos. Su cualidad de judía os demuestra que el movimiento feminista es en absoluto independiente de toda religión, y extiende como el sol los beneficios de su calor y de su luz sobre todos los que quieran librarse de las tinieblas y salvarse de la muerte.

»El tercero y último punto será desenvuelto, á ruegos de la presidencia, por la elocvente oradora señorita Olga Fiorini, secretaria del comité, estudiante de Medicina, joven en edad, pero rica en cordura, en conocimientos profundos y en propósitos enérgicos. En ella ve el feminismo internacional una de sus más bellas esperanzas, porque ella fué la primera en demostrar la perfecta igualdad del hombre y la mujer, no sólo en la carrera médica y quirúrgica, sino en las cosas más contrarias en apariencia, como la gimnasia, el tiro al blanco, el *sport* y el alpinismo. Á ella se debe además, en gran parte, la gran difusión de los juegos ingleses, entre las mujeres: *cricket*, *foot-ball* y *lawntennis*, y por tal medio la juventud femenina va recobrando aquella fuerza muscular que la tiranía del hombre nos había arrebatado.

»Después que los tres oradores hayan concluído de examinar tales temas, se abrirá discusión sobre el particular, y la presidencia tendrá mucho gusto en conceder la palabra á cualquiera que desee ilustrarnos con sus luces. Pero para que la discusión resulte ordenada, objetiva y fructuosa, conforme á la gravedad del argumento, se ruega á todos los presentes que no interrumpen á los oradores, porque en tal caso, la presidencia, aunque deseosa de que en nuestra reunión reine la más amplia libertad, deberá reprimir con mano fuerte cualquier abuso.

»Dicho esto, declaró abierta la primera asamblea nacional italiana para la emancipación y rehabilitación de la mujer.»

—¡Bien! ¡Bravo!—exclamó Brandini, creyendo que el prólogo de la presidencia había terminado.

—¡Bien! ¡Bravo!—las señoras y señoritas del comité, agitando para que ondeasen extrañamente las flores y las plumas de sus sombreros.

—¡Bien! ¡Bravo!—exclamaron con mal encubierta ironía los periodistas, haciendo señas con la cabeza á las gentes de las galerías como para decirles: «Ahora os toca á vosotros».

Y las galerías respondieron con un estrépito terrible de aplausos y gritos.

Pero la presidenta no quiso renunciar al argumento final. Por lo tanto, irguiéndose enérgicamente, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Señoras, señores, amigas, compañeras!

Restablecida un tanto la calma, concluyó:

—Cuando el gran ciudadano de Pisa lanzó su célebre frase: *¡Eppur si muove!* el mundo, esclavo de la superstición, maldijo su nombre, y la Curia Romana le condenó al tormento y á la abjuración. Pero hoy todo el mundo bendice su nombre y la Ciencia ha condenado á la Curia como enemiga de la civilización. Lo propio ocurrirá con el feminismo *integral*. Execrado ayer, militante hoy, mañana llenará los ámbitos del Universo con sus victorias y sus triunfos. Á vosotras, ¡oh generosas, hijas del pueblo, que, como ángeles tutelares, velais por la gloria de esta reunión, á vosotras corresponde la misión gloriosa de apresurar la llegada de aquel día en que no seréis esclavas, sino libres, no esclavas ni animales de carga del hombre, sino iguales á él, ó por amor ó por la fuerza!

El efecto de estas últimas palabras fué tal que estalló una triple salva de aplausos en las galerías, acompañados de los gestos y de los gritos más hostiles contra las señoras y señores de los palcos.

El tumulto empezó de nuevo.

Pero la presidencia lo dominó haciendo resonar ruidosamente la campanilla. Y luego dijo con acento solemne:

—Ábrese discusión sobre el primer punto de la orden del día.

Entonces una voz estentórea gritó:

—Pido la palabra.

Todos se volvieron á mirar hacia un palco segundo de donde había salido la voz. La presidenta dirigió hacia él sus lentes, y vió al diputado Terziglio, abogado y publicista de fama y adversario político de Brandini, con el cual había roto muchas lanzas en el Parlamento y con quien en aquellos días estaba tratando una cuestión de honor por medio de padrinos.

La presidenta después de lanzar una mirada expresiva á Brandini, dijo con acento seco y resuelto:

—He declarado ya, que no concederé la palabra á nadie hasta que hayan terminado de hablar los oradores, es decir, un orador y dos oradoras.

—¡Un gallo y dos gallinas! exclamó una voz en la galería, en medio de una sonora carcajada de toda la asamblea. Pero la señora Schwitzer añadió bizarramente:

—Y únicamente sobre los temas tratados en los discursos.

Pero el abogado replicó, recalcando las palabras:

—Pues yo pido la palabra, toda vez que la presidencia ha terminado su discurso de introducción y *únicamente* sobre el tema tratado por ella.

—¡Que hable! ¡Que hable! ¡No! ¡Sil! ¡Bravo Terziglio! ¡Abajo Terziglio! ¡Fuera el interruptor! ¡Dejadle hablar! se gritaba confusamente de todas partes.

Por último, el postrer grito prevaleció y hubo que dejarle hablar. Ello fué obra de los periodistas, que colocados detrás de la presidencia, podían entenderse impunemente con el pueblo soberano de la galería, obteniendo que la voluntad popular se impusiera á la presidencia y á toda la asamblea.

La señora presidenta se vió, pues, obligada á transigir para no comprometer el buen éxito de la jornada. Y el abogado empezó á decir:

—Sólo diré unas cuantas palabras sobre el discurso de la

presidencia. No trato de tomar parte ni en pro ni en contra del feminismo, sino solamente rectificar algunas aserciones erróneas y juicios falsos, en honor de la verdad, sin la cual el feminismo, en vez de emancipar y rehabilitar á la mujer, podría llevarla á la ruina. Ante todo deploro que la presidencia haya cometido un error mayúsculo, atribuyendo á Galileo el epifonema *epur si muove* y acusando á la Iglesia de haberlo atormentado. Ahora saben ya hasta los chiquillos de la escuela que ni una cosa ni otra tienen el menor fundamento. Ninguno que me conozca podrá tacharme de parcialidad por la Curia Romana ó de tendencias clericales; pero precisamente por esto tengo el derecho de deplorar que se falsee la historia, enyañando la credulidad del pueblo, porque su misma incapacidad para rectificar errores, impone á quien quiere instruirle la grave responsabilidad de no alterar la verdad.

A estas palabras las amigas de la presidenta empezaron á agitarse en sus asientos nerviosamente, y más que todas la presidenta que parecía atacada del baile de San Vito.

Pero el abogado continuó, dominando con su voz de barítono toda la asamblea:

—La presidencia ha declarado además que la meta del feminismo consiste en romper todas las cadenas que esclavizan á la mujer, para obligar al hombre á reconocer su igualdad en todos los derechos y en todas las funciones de la vida pública. Dada la fascinación que ejercen hoy sobre todos los espíritus las promesas de libertad y de igualdad en los derechos, yo supongo que la presidencia ha empleado estas frases para hacer efecto; pero yo le pregunto en qué cosa es hoy la mujer esclava del hombre y de qué cadenas debe libertarla el feminismo. La señora presidenta, así como las señoras que la rodean, no sienten con seguridad el peso de semejante esclavitud, y esto es tan exacto, que todas ellas pueden vivir como les place, solas ó acompañadas, permanecer solteras ó casarse y hasta hacer

concurrancia al hombre en muchas profesiones y oficios.—¿Qué más quieren? ¿La perfecta paridad en todos los derechos y en todas las ocupaciones de la vida pública? Pues esto es absurdo... ¿A que no se atreve á predicar tales absurdos en Alemania la señora Schwitzer? Nosotros, italianos, le deberíamos gratitud, si en lugar de adoptar el tipo falso y ridículo de la mujer emancipada, que á nuestro modo de ver es monstruoso y burlesco, abogase en defensa de la sana feminilidad que defienden las prudentes matronas alemanas.

Hasta este momento el orador había hablado sin incidentes. Bajo el influjo de su voz robusta y simpática, las mismas galerías se habían mostrado tranquilas, como las gallinas al canto del gallo; sólo el grupo de la presidencia se veía agitado, especialmente la propia presidenta, cuyo rostro se congestionaba por el efecto de la indignación, lanzando á Terziglio miradas relampagueantes de ira que hubieran aterrado á un orador novicio; las otras señoras de la presidencia se sonreían, alzaban los hombros, y hacían otros gestos que hubieran aterrado á otro orador menos aguerrido. Brandini se había inclinado muchas veces hacia ella, evidentemente para aconsejarla que no perdiese la serenidad.

No obstante cuando el orador se permitió la última burla contra la señora Schwitzer, llamándola por su nombre, ésta se revolvió hacia el abogado con un gesto tan trágico que hizo reír sonoramente á toda la reunión. Luego rugió con acento de rabia mal comprimida.

—Rechazo esa odiosa injuria personal que no hace honor á un hombre del foro y á un miembro del Parlamento. Le privo de la palabra.

—¡Ya había concluído!, exclamó Terziglio, y se ocultó en el fondo del palco entre el rumor de una carcajada general.



VI

Arenga é intermedio.

SUFRIDA valerosamente la primera escaramuza, la señora Schwitzer se sintió en lo sucesivo dueña del campo. Orgullosa y satisfecha de sí, estaba dispuesta á desafiar cualquier nuevo asalto. ¿Y cómo no? Con un acto de energía viril había quitado la palabra á un abogado y diputado de tanta fama, obligándole á ceder el campo. Había defendido la dignidad presidencial, la majestad de la asamblea y la causa del feminismo. Y ahora Brandini, con su gran discurso, que debía constituir un verdadero acontecimiento en la historia del feminismo, coronaría su triunfo.

Brilló, pues, su rostro de alegría, se irguió con fiereza y con una sonrisa de inefable ternura, volviéndose hacia su fiel aliado, le dijo:

—Ahora le toca al señor Brandini la tarea de desarrollar el primer tema de la orden del día: «Razones generales y especiales en pro del movimiento feminista.»

El orador se levantó, y con voz de trombón, ocultando el pulgar bajo la sisa del chaleco y con los otros dedos repicando sobre el pecho como si tocara el tambor, comenzó su discurso.

¡Compañeras! En el mundo nada ha sido *hecho*, todo *deviene*. El *hacer* ó el crear, por ley necesaria ó por libre albedrío, no es más que un concepto abstracto de cerebros degenerados, concepto al que nada corresponde en la naturaleza. El *devenir*, esto es, el transformarse aquello que ya existe con el continuo cambio de fuerza ó de materia, he aquí el fenómeno que explica todos los misterios de la naturaleza, todos los problemas de la vida, todos los acontecimientos de la historia. Así como los embriones de los mamíferos son en su principio todos iguales, también el embrión humano recorre, en su desarrollo, todas las etapas intermedias de la vida orgánica hasta alcanzar la suma perfección en la generación del hombre. Del mismo modo el primer plasma, por un proceso infinitamente largo y lento de evolución, dió origen á todos los vivientes desde el último animal hasta el hombre.

Y como éste obtiene con la selección artificial mayor variedad de especies vegetales y animales, así también la naturaleza, con la selección natural, obtiene nuevos organismos cada vez más perfectos.

Las leyes que determinan esta evolución infinita son: la lucha por la existencia, en que sucumben los más débiles y sobreviven los más aptos; el uso ó desuso de los órganos, por el cual el primero los perfecciona y el segundo los destruye; la selección sexual que en la propagación de la especie favorece á los más fuertes y á los más bellos; las condiciones del medio ambiente en que vive el ser orgánico, y el atavismo ó la herencia con cuyo auxilio transmiten los progenitores sus cualidades á los descendientes.

Esta gran concepción del mundo orgánico, creada por el genio de Darwin, perfeccionada por Haeckel con el *monismo embriológico* y también con la *perigenesis de las plástidulas* en el evolucionismo universal, desde el átomo al hombre, fué aplicada por el genio de Spencer al orden moral y por el de Marx

al campo social. De manera que en lo sucesivo Darwin, Spencer y Marx nos dan la explicación sencillísima de todos los problemas de la naturaleza, de la vida, de la sociedad. Aplicadla á la condición física, moral y social de la mujer frente hombre y, con intuición maravillosa, habréis explicado el problema del feminismo, abarcando con una mirada todas las razones que abogan en su favor en el presente estadio de la evolución.

—Basta, basta, por compasión, siento ahora gritar, no al público del *Politeama*, sino á mis pacientes lectores, y especialmente á las lectoras. ¿Por qué no suprime usted las garrulerías de Brandini?

Me disgusta tener que pasar en silencio esta obra maestra; pero me veo obligado á inclinar la cabeza ante este mandato. Quien manda, manda.

Sólo diré, pues, que el orador socialista, con una espléndida exposición de biología histórica y comparada, derivó la razón científica fundamental del feminismo de la inversión del proceso evolutivo; según él la selección natural que hasta ahora ha sido favorable al hombre, comienza ya á favorecer á la mujer, reconduciendo al mundo orgánico, como dice el profesor Emery, citado por Lombroso, á la condición primitiva, es decir, al predominio de la hembra.

—De igual modo—gritó entre los aplausos delirantes de las galerías—que asciende el proletariado contra la burguesía explotadora y está ya próximo á arrancarla el poder, así asciende la mujer esclava contra el hombre tirano y está próximo á romper sus cadenas.

Excitó después á las mujeres del pueblo para que se organizaran con el objeto de crear una nueva ley atávica que deberá transmitir á la posteridad el tipo redimido de la mujer igual ó superior al hombre. Fulguró anatemas sobre el monopolio del hombre sobre la mujer llamándolo «la sanción legal de la prepotencia masculina.» Trazó la historia de la mujer al través de los

siglos y la calificó como un prolongado martirologio. Recordó el matrimonio por captura, la poliandria y la comunidad de mujeres, la poligamia, los pieles rojas, los mercados y los serrallos turcos y embrutecimiento persa y la degradación china. Flageoló el ascetismo cristiano, que ha condenado á la mujer al parasitismo moral. Con los datos más seguros de la anatomía comparada y de la estadística, destruyó la quimera de la supuesta inferioridad de la mujer. Aludió á la futura evolución de la familia cuando, conforme con el principio de la división del trabajo, el cuidado de la prole, será confiado á la colectividad, librando á la madre de tal peso insoportable: ¡un verdadero *vía crucis* que acaba con la muerte en la cruz!

Cuanto más avanzaba el orador en su discurso, mayor vehemencia había en sus palabras, más vibrante y más poderosa era su voz y mayor entusiasmo despertaba en las galerías, que retemblaban entre el estrépito de los aplausos.

Cuando llegó á hablar de la mujer madre, sus palabras fueron todas de fuego, todo gesto un rúgido de furor, y todos sus argumentos coreados con aplausos formidables.

Recordó entre otros hechos, el de la viuda Rousseau, ocurrido en París en 1895, y referido entonces por todos los periódicos de Italia, sin que por ello cesaran ni poco ni mucho las injusticias sociales que lo habían determinado. El marido de aquella infeliz había muerto en el Tonkin, dejándola sola para atender al cuidado de su anciano padre y de tres niños. El 11 de Marzo, privada de recursos para pagar el alquiler, abandonó la buhardilla en la *Rue Charbonniers*, donde vivía con las dos hijas, mientras el niño estaba con el abuelo, y fué á pié hasta Charenton para colocar las niñas bajo el amparo de una familia piadosa. No encontró en casa á nadie y se marchó, por lo tanto, desesperada hasta que la encontró el señor Messelot, sentada con las dos pequeñas sobre un banco del Quais de Bercy. Movidó de compasión ante tanta miseria, el buen

hombre se sentó á su lado, escuchó su historia dolorosa y la llevó á un restaurant donde la vió comer con hambre canina, y dándole tres francos y prometiéndola ayudarla en lo porvenir. Pero no le vió más. Dejó, pues, su habitación el 11 de Marzo; del 12 al 24 pasó la noche en el asilo; pero, y ¿después? No llegó á saberse nada. El señor Masselot, declaró además, al comisario, que la señora Rousseau era planchadora y que hacía tres meses que no tenía trabajo. La directora de un asilo nocturno depuso también que desde el 12 al 24 de Marzo había venido á pernoctar, aterida de frío, llevando en los brazos á las dos pequeñuelas. El 1.º de Abril se encontraron los cadáveres de las pobres criaturitas en el Sena; el cadáver de la madre, más pesado, permaneció en el fondo del río. ¿Quién es capaz de imaginar la desesperación de aquella pobre martir desde el 24 de Marzo, hasta que decidió arrojarse en el Sena con sus dos niñas? El señor Masselot declaró también que era alta de estatura, seca y apergaminada por el hambre, y que tenía los ojos brillantes por la fiebre.

—He aquí, añadió el orador, he aquí uno de los mil ejemplos del pérfido egoísmo con que la burguesía, engrasada con la sangre del púeblo, demuestra su soberanía. Soberanía nefanda por la cual los hijos del proletariado se ven condenados por el militarismo á inmolar á sus hermanos, por la prostitución, á inmolar sus hijas al tráfico nefando de la esclavitud blanca, por la ley brutal de los salarios á inmolar los padres á la tiranía del industrialismo, y las madres, por la indiferencia de una sociedad embrutecida en el individualismo, precisadas á suicidarse con los propios hijos. ¡Y luego todavía se atreven á predicar los deberes de la maternidad! ¡Hipócritas! ¡Traidores! ¡Vampiros del pobre pueblo, explotadores de carne humana!...

Aquí el orador fué bruscamente interrumpido por el delegado de la autoridad, quien viendo crecer el entusiasmo, hasta llegar al delirio y al tumulto, se había acercado á la mesa presiden-

cial, para rogar á Brandini que no excitase de este modo los odios de clase.

—Esté usted tranquilo, señor delegado, le dijo afectuosamente el orador. No estamos en una reunión de obreros revolucionarios, enemigos de las instituciones, sino en medio de pobres mujeres, hijas generosas del pueblo, que llorarían de compasión si le diesen un arañazo. Por otra parte, mi discurso ha concluido. A vosotras, por tanto, me dirijo, con la última palabra, ¡oh pobres víctimas del egoísmo burgués! A vosotras me vuelvo para invitaros á que rompáis las seculares cadenas que os oprimen. Sed conscientes de vuestra fuerza y de vuestros derechos, y resultaréis libres. Tened conciencia de vuestra propia fuerza y de vuestros derechos, y destruiréis la tiranía del hombre; seréis libres, seréis autónomas, iguales en todo y por todo, dueñas de vosotras mismas, de vuestro corazón, de vuestra vida; no debéis ligaros más á ningún hombre, á no ser en condiciones análogas y en plena libertad de elección. La igualdad del trabajo os dará la independencia personal; la organización del sexo os abrirá todas las conquistas del porvenir, como la organización de clase ha roto ya las cadenas del proletariado y está á punto de poner en sus manos la suerte de la sociedad. Sí; el socialismo, igualará al hombre con el hombre; el feminismo igualará al hombre con la mujer; y reunidos entrambos en un solo programa, todos gozaremos el paraíso en la tierra.»

Salvas fragorosas de aplausos, acompañadas de gritos agudos y de voces argentinas, estallaron en todas partes, especialmente en las galerías, cuando el señor Brandini concluyó su arenga.

Luego recomenzó la charla más tumultuosa y animada que antes.

En medio de ella se oyó una voz ronca que repitió muchas veces: ¡Pido la palabra! Parecía una voz masculina y, sin em-

bargo, era de mujer. En la mesa de la presidencia resonó un largo repiqueteo de campanilla á que siguió un silencio universal. Todas las cabezas se volvieron hacia el fondo de las butacas, donde una mujerona, con rostro y ojos de brasa, vestida de amazona, y con un látigo en la mano se había puesto en pie sobre una silla, y trataba de hablar.

También la presidenta había dirigido sus lentes hacia aquella parte, no tardando en reconocer en la amazona á una anarquista furiosa, y ya dudaba en concederle la palabra, cuando la anarquista, aprovechándose del silencio que reinaba en el teatro, gritó, blandiendo en el aire el látigo que llevaba en la mano:

—¡Hijas del pueblo, bestias de carga, carne vendida, limones exprimidos, esclavas, escupideras vivientes de la barbarie masculina! No os dejéis influir ni por los socialistas, ni por los feministas, que os mecen con vanas teorías, para aletargaros como á los niños en vuestra degradación, y recoger la herencia maldita de la burguesía explotadora. No creáis tampoco en las mentiras del evolucionismo de la lucha de clase y de sexo, de la selección y de la organización, para reivindicar vuestros derechos; la organización del socialismo os hará esclavas del hombre proletario, mil veces más brutal que el burgués; la organización feminista os hará instrumento de las mujeres privilegiadas, doctoras, médicas y abogadas, charlatanas orgullosas y tiranas, aristócratas encubiertas, mucho peor que los hombres. ¡Afiliaos en el anarquismo! Proudhon lo ha dicho: «la democracia es el odio, y el odio, es el mal.» Lo han dicho y probado con su propia sangre nuestros mártires. La anarquía es el amor, y el amor es el bien. La destrucción es la creación. Por eso la verdadera libertad de la mujer no puede surgir más que del caos...

Mientras nuestra amazona, con acento ronco, pronunciaba gritando estas palabras, acompañándolas de ciertos ademanes

enérgicos, como si quisiera aplastar con el puño á todos los enemigos de la anarquía, del proscenio, de los palcos, pero sobre todo, de las butacas, surgió un murmullo siempre creciente que presto se transformó en un griterío horrendo, verdadera imagen de aquel *caos* con que la oradora había debido por fuerza acabar su arenga.

La presidenta, asustada por la audacia de aquella furia, y del tumulto que había producido, se puso en pie, inmóvil y erguida, como un escollo en medio de la tempestad, sin acordarse siquiera de agitar la campanilla que tenía en la mano. Había perdido la chaveta, como suele decirse, y ya no sabía á que santo encomendarse. Los periodistas, alegres como unas pascuas, gozaban con delicia de aquel espectáculo feminista. Su buen humor había calmado el pánico que se había apoderado de las señoras de los palcos. El miedo, trocado en risa, se comunicó á todo el teatro. Desde las galerías chillaban.

¡Viva! ¡Muera! ¡Abajo la anarquía! ¡Basta! ¡Fuera! ¡Está borracha! ¡Está loca! ¡Las locas sois vosotras! ¡Estúpidas! ¡Dejadla hablar! ¡Sí! ¡No! ¡Echadla fuera!... ¡Fuera! ¡Fuera!

Este último grito acabó por prevalecer, y entonces el delegado, seguido de dos policías, hizo salir á la anarquista. Una salva de aplausos demostró que el pueblo soberano del sexo femenino estaba satisfecho.

Retornada la calma, desde un extremo de las butacas tomó la palabra una comadrona, de gran fama, notable por su actitud equívoca con el mundo aristocrático. Tenía los ojos hinchados, la mirada hosca, el color de ictericia. Con voz apagada dijo:

—He oído hablar aquí de la madre de familia, como si esto fuese un título honorífico para la mujer. Protesto de que eso no es verdad. También yo he tenido hijos y estoy lejos de gloriarme de ello. El puesto de honor, que se concede en los países católicos á la madre de familia no es más que un efecto de atavismo de la *Madonna*. La Venus de Milo del Louvre es mu-

cho, mucho más bella que la *Madonna* y por mí más venerada, por más que no tenga ningún niño en brazos, toda vez que carece de ellos. Propongo, pues, que en la reunión próxima se proclame no sólo el amor libre, sino la libre maternidad, como medio radical para la total emancipación de la mujer.

Á estas palabras siguió un tumulto infernal, mayor aun que el anterior.

Agrupadas en torno de la comadrona, un grupo de amigas, sostenían fieramente las razones de ésta, contra la mayoría, horrorizada por sus blasfemias.

Cuando el ruido se amortiguó un poco, el timbre de una voz metálica gritó desde un palco del primer piso.

—¡Pido la palabra!